

CAPÍTULO XLII.

Que trata de lo que mas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

CALLÓ en diciendo esto el Cautivo, á quien Don Fernando dixo: por cierto, señor Capitan, el modo con que habeis contado este extraño suceso, ha sido tal, que ignala á la novedad y extrañeza del mesmo caso: todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye, y es de tal manera el gusto que hemos recebido en escuchalle, que aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mesmo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara: y en diciendo esto, Don Antonio (κ) y todos los demas se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verda-

deras, que el Capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades: especialmente le ofreció Don Fernando, que si queria volverse con él, que él haria que el Marques su hermano fuese padrino del bautismo de Zorayda, y que él por su parte le acomodaria de manera, que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que á su persona se debia. Todo lo agradeció cortesísimamente el Cautivo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegaba ya la noche, y al cerrar della llegó á la venta un coche con algunos hombres de á caballo. Pidiéron posada, á quien la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado. Pues aunque eso sea, dixo uno de los de á caballo que habian entrado, no ha de faltar para el señor Oidor que aquí viene. Á este nombre se turbó la huéspedada, y dixo: señor, lo que en ello hay, es que no tengo camas, si es que su merced del señor Oidor la trae, que si debe de traer, entre en buen hora, que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento, por acomodar á su merced. Sea en buen hora, dixo el escudero; pero á este tiempo ya habia salido del coche un

hombre, que en el traje mostró luego el oficio y cargo que tenia, porque la ropa luenga con las mangas arrocadas que vestia, mostraron ser Oidor como su criado habia dicho. Traia de la mano á una doncella, al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista: de suerte, que á no haber visto á Dorotea, y á Luscinda y Zorayda que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura, como la desta doncella, dificilmente pudieran hallarse. Hallóse Don Quixote al entrar del Oidor y de la doncella, y así como le vió, dixo: seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrechez, ni incomodidad en el mundo, que no dé lugar á las armas y á las letras, y mas si las armas y letras traen por guia y adalid á la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, á quien deben no solo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse y abaxarse las montañas para dalle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraiso, que aquí hallará estrellas

y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo: aquí hallará las armas en su punto, y la hermosura en su extremo. Admirado quedó el Oidor del razonamiento de Don Quixote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no ménos le admiraba su talle que sus palabras, y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó á admirar de nuevo, quando vió delante de sí á Luscinda, Dorotea, y á Zorayda, que á las nuevas de los nuevos huéspedes, y á las que la ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido á verla y á recibirla; pero Don Fernando, Cardenio y el Cura, le hicieron mas llanos y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto el señor Oidor entró confuso, así de lo que veia, como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta diéron la bien llegada á la hermosa doncella. En resolucion, bien echó de ver el Oidor, que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visage y la postura de Don Quixote le desatinaba: y habiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que ántes estaba ordenado, que todas las mugeres se en-

trasen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedasen fuera, como en su guarda: y así fué contento el Oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana: y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el Oidor traía, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban. El Cautivo, que desde el punto que vió al Oidor, le dió saltos el corazón y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venían, como se llamaba, y si sabía de que tierra era. El criado le respondió, que se llamaba el Licenciado Juan Perez de Viedma, y que había oído decir, que era de un Lugar de las Montañas de Leon. Con esta relacion y con lo que él había visto, se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que había seguido las letras por consejo de su padre: y alborotado y contento, llamando á parte á Don Fernando, á Cardenio y al Cura les contó lo que pasaba, certificándoles, que aquel Oidor era su hermano. Háblele dicho tambien el criado, como iba proveído por Oidor á las Indias en la Audiencia de México: supo tambien,

tambien, como aquella doncella era su hija, de cuyo parto había muerto su madre, y que él había quedado muy rico con el dote, que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo, que modo tendría para descubrirse, ó para conocer primero, si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaba, ó le recebia (1) con buenas entrañas. Déxeme á mí el hacer esa experiencia, dixo el Cura, quanto mas que no hay pensar sino que vos, señor Capitan, seréis muy bien recebido, porque el valor y prudencia, que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo eso, dixo el Capitan, yo querria no de improviso sino por rodeos, dármelo á conocer. Ya os digo, respondió el Cura, que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentaron á la mesa, eceto el Cautivo y las señoras, que cenaron de por sí en su aposento. En la mitad de la cena dixo el Cura: del mesmo nombre de vuestra merced, señor Oidor, tuve yo una camarada en Constantinopla, donde estuve

cautivo algunos años, la qual camarada, era uno de los valientes soldados y Capitanes que habia en toda la Infantería Española; pero tanto quanto tenia de esforzado y valeroso, tenia de desdichado. ¿Y como se llamaba ese Capitan, señor mio? preguntó el Oidor. Llamábase, respondió el Cura, Rui Perez de Viedma, y era natural de un Lugar de las Montañas de Leon, el qual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le habia sucedido, que á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego, porque me dixo que su padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos mejores que los de Caton: y sé yo decir, que el que él escogió de venir á la guerra, le habia sucedido tan bien, que en pocos años por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser Capitan de Infantería, y á verse en camino y predicamento de ser presto Maestro de Campo; pero fuéle la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió con perder la libertad en la felicísima jor-

nada donde tantos la cobraron, que fué en la batalla de Lepanto: yo la perdí en la Goleta, y despues por diferentes sucesos, nos hallámos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino á Argel, donde sé que le sucedió uno de los mas extraños casos que en el mundo han sucedido. De aquí fué prosiguiendo el Cura, y con brevedad suelta contó lo que con Zorayda á su hermano habia sucedido. Á todo lo qual estaba tan atento el Oidor, que ninguna vez habia sido tan Oidor como entónces. Solo llegó el Cura al punto de quando los Franceses despojaron á los christianos que en la barca venian, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa Mora habian quedado: de los quales no habia sabido en que habian parado, ni si habian llegado á España, ó llevádoslos los Franceses á Francia. Todo lo que el Cura decia, estaba escuchando algo de allí desviado el Capitan, y notaba todos los movimientos que su hermano hacia: el qual viendo que ya el Cura habia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro, y llenándose los ojos de agua, dixo: ¿ó señor, si supiédes las nuevas que me habeis contado, y como me tocan tan en parte que me

es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas, que contra toda mi discrecion y recato me salen por los ojos! Ese Capitan tan valeroso que decis, es mi mayor hermano, el qual como mas fuerte y de mas altos pensamientos que yo, ni otro hermano menor mio, escogió el honroso y digno exercicio de la guerra, que fué uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, segun os dixo vuestra camarada, en la conseja que á vuestro parecer le oistes. Yo seguí el de las letras, en las quales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Pirú, tan rico que con lo que ha enviado á mi padre y á mí, ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural: y yo ansimesmo he podido con mas decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aun mi padre muriendo, con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios con continuas oraciones no cierre la muerte sus ojos, hasta que él vea con vida á los de su hijo: del qual me maravillo, siendo tan discreto, como en tantos trabajos y

aflicciones, ó prósperos sucesos se haya descuidado de dar noticia de sí á su padre, que si él lo supiera, ó alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate; pero de lo que yo agora me temo es de pensar, si aquellos Franceses le habrán dado libertad, ó le habrán muerto por encubrir su hurto. Esto todo será (1) que yo prosiga mi viage, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡Ó buen hermano mio, y quien supiera agora donde estabas, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos, aunque fuera á costa de los míos! ¡Ó quien llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras mas escondidas de Berbería, que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mías! ¡Ó Zorayda hermosa y liberal, quien pudiera pagar el bien que á un hermano hiciste! ¡quien pudiera hallarse al renacer de tu alma, y á las bodas, que tanto gusto á todos nos dieran! Estas y otras semejan-

(1) Acaso falta la palabra *causa*, *ocasion*, ú otra semejante.

tes palabras decia el Oidor, lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oian, le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenian de su lástima. Viendo pues el Cura, que tan bien habia salido con su intencion y con lo que deseaba el Capitan, no quiso tenerlos á todos mas tiempo tristes, y así se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zorayda, la tomó por la mano, y tras ella se viniéron Luscinda, Dorotea y la hija del Oidor. Estaba esperando el Capitan á ver lo que el Cura queria hacer, que fué que tomándole á él asimesmo de la otra mano, con entrámbos á dos se fué donde el Oidor y los demas caballeros estaban, y dixo: cesen, señor Oidor, vuestras lágrimas, y cólmese vuestro deseo de todo el bien que acertare á desearse, pues teneis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada: este que aquí veis es el Capitan Viedma, y esta la hermosa Mora que tanto bien le hizo: los Franceses que os dixe, los pusieron en la estrechez que veis, para que vos mostreis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudió el Capitan á abrazar á su hermano, y él le puso (m) ambas manos

en los pechos, por mirarle algo mas apartado; mas quando le acabó de conocer, le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los mas de los que presentes estaban, le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrámbos hermanos se dixéron, los sentimientos que mostráron, apénas creo que pueden pensarse, quanto mas escribirse. Allí en breves razones se diéron cuenta de sus sucesos, allí mostráron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos, allí abrazó el Oidor á Zorayda, allí la ofreció su hacienda, allí hizo que la abrazase su hija, allí la christiana hermosa y la Mora hermosísima renováron las lágrimas de todos. Allí Don Quixote estaba atento sin hablar palabra considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Allí concertáron, que el Capitan y Zorayda se volbiesen con su hermano á Sevilla, y avisasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que como pudiese viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zorayda, por no le ser al Oidor posible dexar el camino que llevaba, á causa de tener nuevas, que de allí á un mes partia flota de Sevilla á la

Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viage. En resolucion todos quedáron contentos y alegres del buen suceso del Cautivo, y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordáron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quixote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante, ó otro mal andante follon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y diéron al Oidor cuenta del humor extraño de Don Quixote, de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y solo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costáron tan caros como adelante se dirá. Recogidas pues las damas en una estancia, y los demas acomodándose como ménos mal pudieron, Don Quixote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo como lo habia prometido. Sucedió pues, que faltando poco para venir el alba, llegó á los oidos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que

todas le prestasen atento oido, especialmente Dorotea que despierta estaba, á cuyo lado dormia Doña Clara de Viedma, que así se llamaba la hija del Oidor. Nadie podia imaginar quien era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras que en la caballeriza: y estando en esta confusion muy atentas, llegó á la puerta del aposento Cardenio, y dixo: quien no duerme, escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta que encanta. Ya lo oímos, señor, respondió Dorotea: y con esto se fué Cardenio, y Dorotea poniendo toda la atencion posible, entendió que lo que se cantaba era esto.

BIBLIOTECA DE DIFUSION SOCIAL
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO GARCIA

1 de Mayo de 1911